BIBLIOTECA
LIRICO-DRAMÁTICA

PAZ

JUGUETE ORIGINAL EN UN ACTO Y EN PROSA

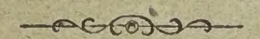
escrito expresamente

PARA LA PRIMERA ACTRIZ DOÑA BALBINA VALVERDE

POR

DON VÍCTOR MUR

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro LARA la noche del 6 de Marzo de 1884.



MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1884



PAZ

PAZ

JUGUETE ORIGINAL EN UN ACTO Y EN PROSA

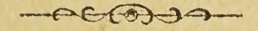
escrito expresamente

PARA LA PRIMERA ACTRIZ DOÑA BALBINA VALVERDE

POR

DON VÍCTOR MUR

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro LARA la noche del 6 de Marzo de 1884.



MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES.	ACTORES.
Paz, 42 años..........	Sra. Valverde.
Lola, 15 años.........	» Rodriguez.
Una criada............	» Alvarez.
Ernesto, 17 años.......	Sr. Rubio.

La accion pasa en Madrid, 1884.

Por derecha ó izquierda se entienden las del actor.

Todas las palabras subrayadas, deben destacarse de las demás, correspondientes á la misma frase.

A LA SEÑORA

D.ª BALBINA VALVERDE,

EN PRUEBA DE SINCERA AMISTAD

El Autor

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado.—Puertas laterales.—Balcon al fondo con vidriera y cortiuillas. Sobre un entre-dos, reloj de sobremesa, que á su tiempo da las cinco.—A la derecha, en primer término, un velador, á su lado una butaca; sobre el velador un álbum de retratos, del cual se puedan sacar estos fácilmente; además un timbre para llamar y un almanaque.—Un tocador, con su espejo, una caja de polvos. Un almohadon.

ESCENA PRIMERA.

PAZ, despues una CRIADA. Aparece Paz, al levantarse el telon, sentada en la butaca, junto al velador.

PAZ. Parece imposible!... Pero es verdad... Ni un presente... Ni una tarjeta... Ni una flor... Y sin embargo, hoy es el dia de mi cumpleaños y el de mi santo. (Leyendo en un almanaque.) «24 de Enero. Nuestra Señora de la Paz.» Hoy hace... (Cerciorándose antes de que nadie la oye y bajando la voz.) cuarenta y dos años que nací. Cómo pasa el tiempo! (Pausa.) Vamos á cuentas! Nunca he sido rica... Ay! (Suspirando fuertemente.) Si lo fuera...

Si lo fuera... aún recibiria cartas incendiarias... Aún... (Cambiando de tono.) Qué palabreja! Y qué revelacion! Este adverbio, porque creo que es un adverbio, ha venido por fin á revelarme lo que yo no sabia ó no me queria explicar. Hagamos exámen de conciencia y no nos hagamos ilusiones, Paz! Hablemos claro, ya que aquí nadie nos oye. Hace unos cuantos años... No sé cuántos, los hombres me asediaban por do quiera con sus declaraciones, con sus requiebros, con sus miradas. Era un incesante coro que de mil maneras, si bien con distinta música, repetia siempre la misma letra... (Entonando las siguientes palabras, al son de cualquier música muy popular y conocida.) Hermosa! Preciosa! Divina! Te amo! Te adoro! (La siguiente palabra en tono natural.) Pamplina! Decia yo; pero es lo cierto que ante tanta lisonja y adulacion, y con tanto oir hablar á los hombres, pestes los unos de los otros, llegué á creer lo que hubiera creido cualquiera... que yo era un sér sobrenatural... como ellos decian, (Imitando distintas voces de hombres; y dando á cada epíteto diferente entonacion.) un querube, un serafin, un ángel, una diosa, una hurí, una sílfide, una ondina... (Tono natural.) Dirían ondina ó indina? Y ellos, de esto estoy completamente convencida, ni han sido, ni son, ni serán más que unos Adanes embusteros, estrafalarios, perjuros... y me quedo corta. Apenas tenia relaciones con Federico, se acercaba Eduardo. No recuerdo si entre mis novios ha habido algun Federico ó Eduardo. (Como recordando.) Creo que sí... Federico Puente. «Pero es posible, me decia, que desoiga usted mis ruegos y atienda á ese perdido que la engaña, que pasa las noches jugando...» Y otro me contaba del nuevo pretendiente, que pasaba los dias bebiendo; y de este último, que no cesaba de correr dia y noche perseguido por los ingleses. Y todos, todos, poniéndose unos á otros como chupa de dómine, y á mí en los cuernos de la luna, acabaron por convencerme de que no debia to-

marlos en sério, sino en broma... Y hé aquí cómo los hombres me hicieron coqueta. No fué mia la culpa, pero yo sufro la pena. Ay! (Profundo suspiro. Se levanta y mira á la calle por detrás de las cortinillas de las vidrieras del balcon.) Aún no ha venido; pero no tardará. (Al público en tono confidencial.) Hace tres noches le ví en el teatro de la Zarzuela: buena planta, buen mozo, de pocas hierbas, vamos... muy tierno; es decir muy jovencito. Mejor, porque así podré educarlo á mi gusto. Pero rubio... (Poniendo cara de asco.) Esto me disgusta sobremanera; porque los rubios nunca han sido santos de mi devocion. *Antes* (Marcando.) los odiaba de muerte, y ese rubio, de ningun modo hubiera entrado en mi reino; pero *ahora* (Marcando.) no está una para escoger, y como yo pueda... rubio y todo, lo que es éste no se escapa... Cuándo me veré en otra? (Sentándose.) Hace... algun tiempo, que no se me ha presentado ninguno tan decidido. Y lo que es éste lo está; vaya si lo está! A la salida del teatro me siguió; y mientras el sereno me abria la puerta, le ví parado á la esquina; y despues, detrás de esas cortinillas; (Por las del balcon.) pero sin encender luz, para que no se proyectara mi sombra, le observé mirando la fachada de esta casa, dándose paseos por la acera de enfrente, lo ménos durante una hora, con el frio que hacia: y paseando quedaba, cuando despues de tomar mi chocolate, me metí en la cama tiritando. Entonces, al pensar en el frio que aquél pobrecillo estaría pasando en la calle... sentí... lástima... pero mucha lástima, y no me podia quedar dormida... En Enero.... Pobrecillo. Al dia siguiente, que fué anteayer, á eso de las cinco de tarde, el rubio, paseando en la acera de enfrente, ó bien parado en el portal de la peluquería, mirando los balcones de esta casa; y lo mismo fué ayer y lo mismo será hoy... Pero esto no puede continuar así, hoy ya debo hacer alguna manifestacion que le anime á declararme su atrevido pensamiento... Saldré al balcon...

así como el que se entera del cariz de las nubes... le miraré de cierto modo, (Lanzando miradas tiernas ó incitantes.) para que comprenda que no me es indiferente. (Trausicion.) Qué me ha de ser indiferente! Quién me habia de decir que habia yo de poner en juego todas las baterías para rendir á un rubio!

Aprended, pollas de mí,
lo que va de ayer á hoy.

(Suena la campanilla de la puerta de entrada.) Quién será? Todavía hay quien se acuerde... (Levantándose.) Algun ramo. (Con satisfaccion. Pausa. Hace sonar el timbre que habrá sobre el velador: se pasea impaciente.) Quizá un monumento de almidon y huevos hilados. (Aparece la Criada puerta izquierda.) O bien una joya...

CRIADA. Manda usted, señorita!

PAZ. Qué han traido?

CRIADA. Carbon. Ya se marchó el carbonero. Quiere usted que le llame?

PAZ. No. Vete! (De muy mal talante. La Criada se retira por la misma puerta. Coje convulsivamente un álbum de retratos que habrá sobre el velador.) Pero es posible que ninguno de estos perros se haya acordado de Paz? (Arranque de ira: se pasea nerviosa.) Pues se acabó la paz y os declaro la guerra. (Por el album.) Voy á hacer con vosotros un auto de fé; y lo que siento es no poder hacer lo mismo con los originales. (Se sienta y va sacando algunos retratos del álbum, dejándolos sobre el velador.) Comprendo la Inquisicion, y reniego de la Constitucion que echó abajo tan benéfica Institucion. El Santo Oficio debia conservarse, siquiera para convertir en chicharrones á estos herejes. (Por los retratos.) Qué se hicieron aquellos juramentos? (Con dolorido acento.) Por qué, despues, y á pesar de tantas promesas, todos habeis dejado á Paz? Pero no en paz, sinó...

Llorosa y aflijida...
Y al mirar su abandono,
lamenta dolorida...

(Transicion.)

El haber hecho caso á tanto mono... (Por los retratos.) Cómo ha de ser, sin duda estaba escrito que me habia de quedar para vestir imágenes, si el rubio no lo remedia! La verdad es que á algunos los planté yo... pero otros... Refresquemos la memoria. Me voy á regalar el dia de mi santo una sesion de dicha retrospectiva, de amores pretéritos, de felicidad pasada... Pasada!... Palabra traidora... (Reflexiva.) de doble sentido; una cosa pasada, es como si dijéramos, averiada, pasada de sazon pongo por caso... Una *pasada* mala, es una mala accion: y hé aquí cómo una sola palabra expresa nuestras respectivas situaciones. (Por los retratos.) ¡Cómo me miran estos mamarrachos! (Fijándose en los retratos.) Parece que se burlan! Pues vosotros podeis hablar! El uno lleva una talmita, que estaba muy en moda allá por el año 1860. El otro está hecho un figurin del 65. Aquel, con unos pantalones donde caben tres como él. Se usaron mucho hace veinte años. Este (Cogiendo uno de los retratos que tendrá estendidos sobre el velador.) parece un emparedado entre dos cuellos. Y este otro, (Cogiendo otro.) con el pelo sobre la oreja, á lo Napoleon III, ó á lo chulo actual. Ya no servís más que para un anticuario. (Sacando más retratos del álbum, tropieza con uno de mujer.) Una mujer!... con cocas. De dónde ha salido este estafermo? Y es jóven y guapa! (Vuelve el retrato, lo mira por el reverso y lee:) «A mi querido Ernesto. Tuya ó de nadie. Paz. Julio de 1859.» Soy yo! (Contemplando el retrato.) Era yo, hace veinticinco años! (Por los demás retratos.) Fuimos nosotros! (Deja su retrato) Tuya ó de nadie!... ¡Qué cosas se hacen á los diez y siete años! Y luego, como si tal cosa. Ernesto! El otro dia le ví del brazo con su mujer, con su correspondiente tripa: *él,* no *ella,* con sus correspondientes chiquillos; y pasamos el uno junto al otro como si nunca nos hubiéramos conocido. (Toma el retrato que se supone ser el de Ernesto.) Quién diria que aquél hombre es este

hombre! Y que este hombre (Por el retrato.) es aquél hombre, con aquella mujer, que es muy fea, y aquellos chiquillos, tambien muy feos! Qué caricaturas hace el tiempo! Ni Cham, ni Ortego, ni Cilla. Ernesto!... Ay! (Profundo suspiro.) Este... (Contemplando el retrato.) Este era el astrónomo, como yo le llamaba, era un Flammarion para mí. En sus conversaciones y en sus cartas, me echaba encima el firmamento entero: yo era su sol, su estrella, su lucero; y no me llamó luna, sin duda para que no me escamara recordando la de Valencia, á donde efectivamente me dejó, despues de escribirme cien tratados de astronomía. Un novio por todo lo alto! (Refiriéndose al firmamento y hojeando el álbum.) Doña Nicolasa! (Deteniéndose ante un retrato de mujer.) Buena persona! (Al público, levantándose.) Doña Nicolasa era una señora viuda, de mi misma edad, es decir, de la que tengo ahora; amiga de mi madre; y como ésta se oponia á mis relaciones con Ernesto, doña Nicolasa se habia erigido en protectora de nuestros amores; porque, segun decia, gozaba al ver nuestra dicha, que le recordaba sus verdes años. Vivia de recuerdos! (Paseándose.) Yo iba muchos dias á su casa y allí me veia con Ernesto. (Tono declamatorio.) Me parece que fué ayer! Qué tardes aquellas de invierno, en que sentados junto á la camilla, disfrutando el suave calor del brasero, que habia debajo... Ernesto en medio... y doña Nicolasa y yo á ambos lados, jugábamos á la treinta y una y hacíamos trampas para que siempre perdiera él! (Pausa.) Andando el tiempo... he pensado muchas veces, al recordar aquella época... si la proteccion que doña Nicolasa dispensaba á nuestros amores, seria completamente desinteresada. Trataba á Ernesto con una familiaridad tan... pegajosa, que entonces no me chocaba. Doña Nicolasa era una jamona de buenas carnes y mejor ver, y los pollos son el mismísimo diablo. Yo era entonces inocente y sencilla, y me parece que en aquella

ocasion estuve tocando el violon. (Toma el álbum y saca el retrato de doña Nicolasa.) Lo cierto es que debí observar algo... (Como recordando.) que no me gustara... (Mirando al respaldo del retrato y sonriéndose.) Ya lo creo... y aun algos!... Este edicto, que puse al respaldo del retrato de doña Nicolasa, me recuerda el caso: (Leyendo.)

«Si no estais del novio hartas,
pollas tiernas y sencillas,
no jugueis nunca á las cartas
con las jamonas lagartas,
que abusan de las camillas.»

Oh! sí... (Entonacion trágica.) Su proteccion no era *desinteresada*. Le debí decir á Ernesto que *aquello* no me parecia bien... A él no le debió parecer tan mal... y ya no volví á verle el pelo; pero supe que siguió jugando á la treinta y una con doña Nicolasa... Entonces me devolvió mi retrato, con esta dedicatoria tan subversiva, que yo misma estampé con todo el entusiasmo de los diez y siete años. Cómo se reirian de mí él y doña Nicolasa! (Continúa hojeando el álbum. Dan las cinco y se levanta.) Las cinco!... No olvidemos lo presente por lo pasado. (Mira á la calle por detrás de las cortinillas del balcon. Pausa.) Aún no ha venido! (Suena la campanilla.) Han llamado. Si será? Qué atrevimiento! No creí que los rubios fueran tan... vehementes. (Ruborizándose y haciendo dengues; corriendo al tocador y mirándose y remirándose al espejo: se pone polvos. Se dirije al centro de la escena á grandes pasos y elevadas las manos al cielo, dice con fervor:) Santa Rita! abogada de los imposibles!... no te digo más. Ya me entiendes! (Pausa. Se presenta la Criada y entra en escena por la puerta de la izquierda y la sorprende en esta actitud.)

CRIADA. (Aparte.) (Está rezando!) Señorita!

PAZ. (Sin volverse y dirigiendo una última mirada al espejo.) Que pase! Qué emocion!

CRIADA. Que hay que pagar el mes al aguador y está esperando.

PAZ. Tambien yo espero. (Furiosa.) Ay! (Suspiro estrepitoso, la Criada retrocede un paso asustada.)

CRIADA. Está usted mala?

PAZ. Creo que sí.

CRIADA. Llamo al médico?

PAZ. (Dejándose caer en la butaca: con languidez.) Mi mal no se cura con medicinas...

CRIADA. Le digo al aguador que espere?

PAZ. No, págale. (Da á la Criada cinco pesetas que saca del bolsillo. Vase Criada.) El aguador es más feliz que yo. Ya no espera. (Se levanta: vuelve á mirar á la calle por detrás de las cortinillas del balcon. Se aparta de aquel sitio con desconsuelo: se sienta con profundo abatimiento en la butaca.) Y yo tampoco espero! No ha venido! (Transicion.) Se habrá cansado, es claro. Yo he debido indicarle de alguna manera mi conformidad... darle... esperanzas, asegurarle, en fin. Tres dias de paseo! Hace veinte años, podia permitirme ese lujo; pero hoy... (Suena la campanilla.) Todavía! (Respirando con satisfaccion.) Ahora sí! (Se sienta, adoptando en la butaca una posicion insinuante.) Ya vinieron el aguador y el carbonero, que son los únicos caballeros que me visitan.

ESCENA II.

PAZ.—LOLA.

LOLA. (Despues de haber entrado puerta izquierda.) Se puede?

PAZ. Qué? (Volviendo la cabeza, sin levantarse.)

LOLA. (Avanzando.) Si se puede pasar?

PAZ. Digo! Me parece.

LOLA. No me esperaba usted á estas horas?

PAZ. Ya te he dicho que no me gusta que me hables de usted... entre vecinas y amiguitas...

LOLA. Es que me da vergüenza.

PAZ. Vergüenza! Por qué?

LOLA. Como usted es ya una señora mayor...

PAZ. (Aparte) (Me partió el angelito.) Qué inocencia! (Con forzada sonrisa.) No lo creas. Soltera eres

tú y soltera soy yo. Año más ó ménos. (Amostazada y con cierta acritud.)

LOLA. Se enfada usted? No, pues eso no me trae cuenta; y hoy ménos que nunca.

PAZ. Por qué razon?

LOLA. Pronto lo *sabrás*. (Marcando.) Te gusta así?

PAZ. Así. Pero no te sientas?

LOLA. Ahora. (Se sienta junto á Paz.) Esperas á alguien?

PAZ. Me parece que no. (Suspirando.)

LOLA. Hoy he bajado por la tarde.

PAZ. Ya lo veo. (Aparte.) (Esta criatura es mema.)

LOLA. Qué hacias?

PAZ. Divertirme. (Con sorna.)

LOLA. Has colocado algun nuevo retrato en el álbum?

PAZ. Quién piensa en eso! Los estaba arreglando...

LOLA. Y en eso te divertias?

PAZ. Cada cual se divierte como puede.

LOLA. Vamos! Eres muy reservada, y en justo castigo, yo debia hacer lo propio: no contarte mis secretos.

PAZ. Conque ya tienes secretos?

LOLA. (Levantándose: la besa.) Pero no para tí.

PAZ. Veamos.

LOLA. Ya tengo novio. (Saltando de alegría.)

PAZ. Cuánto me alegro! (Sintiendo lo contrario de lo que dice.)

LOLA. De veras?

PAZ. Pues ya lo creo. Y qué fecha tiene?

LOLA. Es un pollo.

PAZ. No digo eso. Que cuándo te ha salido y cómo?

LOLA. Hace diez dias. Paseando con mamá por el Retiro.

PAZ. Y cómo?

LOLA. Me miró.

PAZ. Y tú?

LOLA. Le... miré, así, con el rabillo del ojo.

PAZ. Y qué más?

LOLA. Me siguió hasta aquí.

PAZ. Y tú, cómo sabias que te seguia?

LOLA. Lo veia .. con el rabillo del ojo.

PAZ. (Aparte.) (Y vuelta con el rabillo.)

LOLA. Y yo... salí al balcon, y nos mirábamos...

PAZ. Con el rabillo del ojo?

LOLA. Ya no.

PAZ. Vamos, sin rabillo. Y qué más?

LOLA. Aquel dia, nada más.

PAZ. Y al dia siguiente?

LOLA. Lo mismo.

PAZ. Por variar. No hubo más?

LOLA. Me enseñó una carta.

PAZ. Y la recibiste?

LOLA. No tuve más remedio. Oh! sabe mucho. Al dia siguiente, le ví parado en la esquina, departiendo amigablemente con un chiquillo repartidor de entregas...

PAZ. Ya sé, literatura de á cuartillo. Novelas entretenidas *para jóvenes imberbes de ambos sexos*, como yo he leido en una de ellas, natural de Barcelona. Y qué negocios trataba tu novio con el repartidor?

LOLA. Ahora verás. Cuando él se persuadió de que yo le miraba...

PAZ. Quién, el repartidor?

LOLA. No. Mi novio. Sacó una carta, la metió dentro de una entrega y se la dió al repartidor, que entró en el portal, subió la escalera y la echó por debajo de la puerta. Ya ves qué compromiso, si en vez de recojerla yo, la recoje mamá!...

PAZ. O el perro ó el gato, que son generalmente los primeros que se *enteran* de aquellos abigarrados productos de la imprenta y la cromolitografía.

LOLA. Así es que no tuve más remedio que tomar la carta.

PAZ. Pues mira... no ha dado el ministro de la Gobernacion con este medio de repartir la correspondencia, que es casi tan seguro como entregarla á los porteros. Y qué te decia tu novio en la carta?

LOLA. Muchas tonterías...

PAZ. Vamos, es tonto?

LOLA. Sí, tonto! Me decia, que á las cuatro de la tarde volveria el repartidor á recojer la entrega y mi contestacion. Así es que no tuve más remedio que entregar la entrega...

PAZ. Y entregar la carta.

LOLA. Y así llevamos siete dias. Pero... (Haciendo mohines y sin atreverse á hablar.)

PAZ. Qué pero es ese?

LOLA. No me atrevo... (Con temor infantil.)

PAZ. Atrévete, hija.

LOLA. No te enfadarás? (Haciéndole mimos.)

PAZ. Nunca.

LOLA. *El*, sabe que somos amigas... que yo bajo aquí muy á menudo... (Paz frunce el entrecejo y pregunta con ceño y tono seco y desabrido.)

PAZ. Y qué?

LOLA. Ves? Ya te enfadas.

PAZ. No lo creas. (Con forzada sonrisa.)

LOLA. Hace ya tres mañanas que bajo con intencion de decírtelo... y no me he decidido.

PAZ. Y... de qué se trata?

LOLA. Lo digo?

PAZ. Por qué no?

LOLA. *El* me ha dicho... advierte que yo no he sido.

PAZ. Me parece Lola que en tu nombre hay una letra equivocada...

LOLA. Cuál?

PAZ. La *o*, debiera ser *e*.

LOLA. (Pensando un poco.) Lela, qué ocurrencia!

PAZ. Pues hija, si no dices más que tonterías.

LOLA. Porque no me atrevo.

PAZ. Pues no lo digas. (Pausa.)

LOLA. *El*, me dijo que te lo diría...

PAZ. *El*?

LOLA. Pero que tú no le has dado pié...

PAZ. Es zapatero?

LOLA. Quita allá! Estudiante!

PAZ. Una friolera!

LOLA. Ha venido con objeto de verte algunas tardes...

PAZ. (Rápida.) Algunas tardes! (Cogiéndola una muñeca.) A las cinco? Se pasea por la acera de enfrente ó se pára en el portal de la peluquería. Ay de tí! Es rubio? (Con ira reconcentrada, clavando en Lola una mirada terrible.)

LOLA. Ay, qué ojos! Ay, qué miedo!

PAZ. Es rubio? (Sin soltarla.)

LOLA. Suelte usted, que me hace daño.

PAZ. Contesta por piedad! (Soltándola.) Es rubio?

LOLA. No señora, que es moreno.

PAZ. Moreno! Luego no es rubio? (Respirando con gran alegría.)

LOLA. (Apresurándose.) Pero qué le han hecho á usted los rubios?

PAZ. Hasta ahora... nada.

LOLA. Pues á mí sí... que me duele la muñeca por culpa de ellos.

PAZ. Perdóname, hija. (Acariciándola.) Conque es moreno? (Señal afirmativa en Lola: transicion en Paz.) Y qué quiere ese moreno que haga yo por él? Estoy dispuesta á todo.

LOLA. Qué aversion les tiene usted á los rubios!

PAZ. No lo puedo remediar... Hasta que me acostumbre.

LOLA. Y cree usted que podrá?...

PAZ. Ay! (Suspirando.) Dios lo quiera!

LOLA. Dios lo quiera! (Marcando mucho.)

PAZ. Díme... díme... (Muy alegre y comunicativa.) En estos casos las muchachas debemos ayudarnos unas á otras. Yo tambien te contaré mi secreto.

LOLA. Con que no se opone usted?

PAZ. A que me hables de *usted*, sí, ya te lo he dicho.

LOLA. No me acordaba... de *tú* y siempre de *tú*. Mira,... la señal para que suba, es abrir esa vidriera. (Por la del balcon.)

PAZ. Quién ha de subir?

LOLA. *El.*

PAZ. Y á dónde va á subir *él*?

LOLA. Aquí. Con tu permiso, se entiende.

PAZ. Pero, hija, aquí no hay ninguna persona de respeto. Yo soy soltera como tú. Si siquiera fuera viuda!

LOLA. Anda. (Con zalamería.) Tanto que te quiero!

PAZ. Qué chiquilla!

LOLA. (Dirigiéndose al balcon.) Le abro la vidriera?

PAZ. Por mí; abrésela.

LOLA. (Besándola.) Qué buena eres, Paz!

PAZ. Pero tengamos la fiesta en paz. (Lola abre la mitad de la vidriera del balcon, mira á la calle y vuel-

ve á cerrar: en tanto dice Paz.) Qué ganas tengo de abrirle *al mio* la vidriera!

LOLA. Ah! qué idea se me ocurre; sí, ya que está cerca es lo mejor: y ahora, ántes que suba, se lo diré en la misma escalera. (Vase corriendo puerta izquierda.)

PAZ. Me parece que esto que yo estoy haciendo se parece mucho á lo que hacia doña Nicolasa... Pero yo seré fiel á mis amores! (Cambio de tono, dirigiéndose al balcon.) Habrá venido el rubio? No se vé. Estará enfermo? Cómo le cuidaria yo! Ya lo creo que le cuidaria con mucho mimito. Cómo tarda Lola; si no estará su moreno? Pero sí, ya creo que viene.

ESCENA III.

PAZ.—LOLA.—ERNESTO. Ernesto es rubio; pero lleva una peluca negra muy bien puesta: no tiene pelo de barba.

LOLA. (Puerta izquierda.) Paz!

PAZ. Adelante.

LOLA. Aquí estamos...

ERN. Los dos, señora. (Completando la frase.)

PAZ. Señorita, si á usted le es igual.

LOLA. (Aparte á Ernesto.) Buen principio... Torpe!

ERN. Señorita: en primer lugar, me pongo á los piés de usted; en segundo lugar, doy á usted un millon de gracias por su... condescendencia.

PAZ. Lola es mi amiga, y accediendo á sus ruegos...

LOLA. Nunca olvidaremos tu bondad.

ERN. Nunca! (Lola y Ernesto se ponen á hablar aparte con mucha animacion: se sientan el uno junto al otro: no cesan de hablar y reirse: despues ha de venir el público en conocimiento que hablaban de la peluca de Ernesto.)

PAZ. (Por Lola y Ernesto. Aparte.) (Pues me gusta! Están como en su casa. Bonito papel! Qué contentos y qué á gusto están!... Comprendo lo que pasaría por doña Nicolasa, viendo estas cosas!)

LOLA. (Aparte á Ernesto.) Me quieres?

ERN. (Aparte á Lola.) Mucho. Y tú, me quieres?

LOLA. Más que tú á mí. (Paz no cesa de mirar á Ernesto.)

PAZ. (Aparte.) (Pues señor, cuanto más lo observo, (Por Ernesto.) más y más me lleno de dudas y confusiones: éste no es rubio y aquél sí; pero el mismo aire... (Paseando alrededor de Lola y Ernesto y sin dejar de mirar á éste: Ernesto tambien mira á Paz escamado, y cada vez que se encuentra con las miradas de ésta baja la cabeza.) Procura evitar mis miradas.)

ERN. (Aparte á Lola.) (Cómo me mira esta mujer! Yo estoy en brasas.)

LOLA. (Aparte á Ernesto.) Y yo tambien. (Siguen hablando por lo bajo.)

PAZ. (Aparte.) (Necesito saber la verdad. Yo lo sabré.) (De pronto á Ernesto.) Ha sido usted rubio alguna vez?

ERN. (Levantándose: turbado.) Varias veces. Toda mi vida.

PAZ. Y tiene usted valor de confesarlo?

ERN. Señorita. Rubio, es mi apellido.

PAZ. (Aparte.) (Me dejó pegada á la pared; pero se ha turbado.) (Ernesto permanece de pie en actitud humilde, lanzando miradas angustiosas á Lola cada vez que se encuentra con las iracundas de Paz.)

LOLA. (Aparte.) (Buena la hemos hecho!)

PAZ. (A Ernesto.) No deseo saber si usted es Rubio de apellido, sino de pelo.

ERN. Jamás, señorita, me hubiera permitido tal descortesía! Ya me ha dicho Lola que usted detesta á los rubios y le producen ataques de nérvios.

PAZ. Oh! Sí, si fuera usted rubio, si fuera usted el rubio que yo busco, no respondo de lo que aquí pudiera suceder. (Con mucha intencion y reconcentrada ira. Ernesto retrocede dos pasos.)

ERN. (Zapateta!) (Aparte á Lola.) Vámonos, aquí no estamos bien. Esta señora está, pero muy chiflada. (Encontrándose con la mirada de Paz.) Uy, qué ojos!

LOLA. (Aparte á Ernesto.) Tú tienes la culpa. (Continúan hablando por lo bajo Ernesto y Lola.)

PAZ. Qué hablarán? Algo me ocultan. (Se acercan mucho, mirando la cabeza de Ernesto.)

ERN. (A Lola. Aparte.) Estamos perdidos!

PAZ. (No me cabe duda. Así lo sabré.) (Aparte. Paz comienza á dar sacudidas, simulando un ataque de nervios. En una de aquellas sacudidas hace saltar la peluca de Ernesto, cuando lo indique el diálogo. Ernesto y Lola la sostienen.) Ay! Ay! Socorro... el ataque... cojerme.

ERN. (A Lola.) Cómo pesa!

LOLA. Y ahora, qué hacemos?

PAZ. Ay! Ay! (Dando manotadas, agarra la peluca de Ernesto, y la hace saltar: en el mismo instante, Paz se incorpora, y Ernesto acude á su cabeza, formando cuadro.)

ERN. Mi peluca!

PAZ. El es! (Tono trágico. Cuadro: Paz en actitud trágica, señala la cabeza de Ernesto; Lola corre á recoger la peluca, y se la coloca á Ernesto de cualquiera manera: éste mira á Paz con ojos espantados, y el terror pintado en el rostro. Lola en actitud suplicante. Pausa.)

LOLA. No te enfades! No lo haremos más! (A Paz.)

PAZ. Ay, sostenedme!... Ahora sí que me dá... de... veras. (Se acercan á sostenerla Lola y Ernesto, y se deja caer encima de éste.)

ERN. Como si los cachetes de ántes hubieran sido de broma! (Entre Lola y Ernesto sientan á Paz en una butaca.)

LOLA. (A Ernesto.) Yo no puedo más!

ERN Ni yo tampoco.

LOLA. Sentémosla en la butaca No se habrá muerto? (Paz dá resoplidos.)

ERN. No; porque sopla (La sientan.)

LOLA. Díle algo: pídele perdon.

ERN. Pero de qué...

LOLA. De haberte presentado así... (Por la peluca.)

ERN. La verdad es que eso equivale á venir con gorro... (Arrodillándose á los piés de Paz.) Señora...

LOLA. Señorita! (Bajo á Ernesto.)

ERN. Señorita, perdóneme usted.

PAZ. Ay! (Respirando.)

LOLA. (A Ernesto.) Ya le pasa, anda...

ERN. Sabia que no le gustaban á usted los rubios. Lola me dijo que éste era el más grave inconveniente para que usted me abriera las puertas de su casa. Eso no tiene nada de particular. Yo conozco á un señor, amigo de papá, que en cuanto vé un melon, se desmaya. Pues bien, como Lola me dijo que no subiera rubio, fuí á la peluquería de enfrente y ajusté esta peluca.

LOLA. Anímate, Paz, no nos asustes.

ERN. Pero nunca creí, señorita... (A Lola.) Mira, traéme aquel almohadon (Señalando uno que hay sobre un sofá ó silla.) para las rodillas, porque esto va despacio. (Lola trae el almohadon y Ernesto se arrodilla sobre él.) Nunca creí, señorita, que la vista de un rubio le causara tales estragos.

PAZ. Ay de mí! (Mirando á Ernesto con languidez.)

LOLA. (Aparte á Ernesto.) Ya vuelve en sí. Anda ahora.

ERN. He procurado ocultar mi desgracia debajo de esta peluca protectora... pero la fatalidad... (Paz coje la cabeza de Ernesto entre sus manos y la contempla con extravío amoroso.) Muerto soy!

PAZ. (Con muchísima dulzura.) Vaya una partida serrana! (Soltando la cabeza de Ernesto y levantándose. Transicion y aparte.) (Y vaya un mico que me he llevado!)

ERN. (Aparte á Lola.) Yo me largo. (Dirigiéndose á la puerta.)

PAZ. Quieto! Ahora permítame usted que le someta á un breve interrogatorio.

ERN. Sométame usted á lo que quiera. (Pidiendo auxilio á Lola con sus miradas inquietas y recelosas y haciéndole señas para que se acerque á él: Lola se coloca á su lado.)

PAZ. Estuvo usted hace tres noches en el Teatro de la Zarzuela?

ERN. Sí, señora, á ver *La Pasionaria*, y no pude dormir en toda la noche.

PAZ. Vino usted despues hasta esta calle y paseó por la acera de enfrente durante una hora?

ERN. Más... más... más... (Variedad de tono.)

PAZ. Más qué?

ERN. Más de dos horas y más de tres: esa es faena que hago hace ya diez noches. A esas horas (Por Lola.) recibimos la edicion de la noche de nuestra correspondencia. Lola baja un hilo con una carta, y cuando no lo impiden los escasos transeuntes que se permiten tomar á esas horas un fresco de seis grados bajo cero, yo recojo la carta que baja...

LOLA. Y yo tiro del hilo para tomar la que sube.

PAZ. Amor que resiste una temperatura de seis grados bajo cero, debe ser muy ardiente. (Aparte.) (Y yo que creí... Buena castaña!)

ERN. Si, señora, mucho: por eso pedimos el abrigo de este techo hospitalario. Usted puede evitarnos una pulmonía.

LOLA. (Suplicante á Paz.) Perdona al pobre Ernesto.

PAZ. (A Lola.) Se llama Ernesto?

ERN. Para servir á usted. (Acercándose.)

PAZ. (Aparte.) (Como el otro. Viviré de recuerdos como doña Nicolasa.) Estais perdonados.

ERN. Ya vé uste que yo no pude escoger cuando nací. La peluca, sí, la he escogido.

LOLA. (A Paz.) El qué culpa tiene?

PAZ. (Reflexiva y mirando tiernamente á Ernesto.) Ernesto! qué recuerdos despierta en mí ese nombre!

ERN. (Aparte.) (Está visto, algun Ernesto rubio ha jugado á esta señora alguna mala pasada.) (Alto á Paz.) Qué quiere ustep que me cambie el nombre? Que me tiña el pelo? Condenarme á peluca perpétua? Yo sólo ambiciono darla á usted gusto.

LOLA. Ya lo ves, no puede hacer más. (A Paz.)

PAZ: Ya lo veo; y en esa esperanza, me decido á ser la protectora de vuestros amores. (Lanzando miradas amorosas á Ernesto.)

LOLA. (Aparte á Ernesto.) Cómo te mira!

ERN. (Idem á Lola.) Más vale así

PAZ. (Este Ernesto me vá á vengar del otro.)

(Al público.)

Mis antiguos amantes

me han olvidado;
y nada en este dia
me han regalado:
pero vosotros,
amantes de *la artista*,
no sois cual otros.
Con el tiempo se aumentan
vuestros favores;
y mi senda en el arte
sembrais de flores:
mi gran regalo,
señoras y señores,
es vuestro aplauso.

CAE EL TELON.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librería de la Sra. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones sin cuyo requisito no serán servidos.